

Contra un Mundo que se Ignora

por Sebastián Salazar Bondy

Ciertamente es una lástima que el libro de viajes haya sucumbido en la literatura contemporánea. A la gente de una y otra latitud del orbe le hace falta todavía aprender mucho de la geografía, la historia y la vida de los pueblos con los cuales no tiene un contacto directo y continuo. Si no, ¿cómo es posible que un panameño —hombre común; ni culto ni inculto— me pregunte qué es el Cuzco? ¿De qué modo explicar la sorpresa de un habitante antillano al enterarse de que el idioma del Perú no es el inglés? Antes había escasos medios de comunicación, y además todos eran lentos, pero las personas se interesaban más por la existencia de sus semejantes de otras zonas. La memoria me acaba de traer el recuerdo de aquel libro que encantó mi infancia: "Cómo juegan los niños de otras partes del mundo". En aquellas páginas supe que chinos e hindúes, africanos y escandinavos, vecinos o antipodas, los próximos de mi edad eran distintos a mí, pero formaban conmigo, por medio de una especie de tácita alianza, la familia humana.

Comunicaciones, prensa y cine han creado en nuestro tiempo el espejismo de que la literatura de viajes es ya innecesaria. El avión por ejemplo, impide hoy al viajero anotar y elaborar las impresiones que causan en su espíritu el hombre y el paisaje de los espacios que recorre. La velocidad es enemiga de la meditación, y sin meditación no hay literatura. De otra parte, la radio pone en el dial del aparato de cualquier hijo de vecino el país más exótico que a él se le ocurra evocar. ¿Qué objeto tendrá, pues, un libro so-

bre Jamaica, pongo por caso, si Jamaica, con un poco de esfuerzo, puede hablar en el Cabo de Hornos o en Groenlandia? Lo malo es que ese poco de esfuerzo no lo hace nadie.

El periodismo con el enorme volumen de noticias que diariamente presenta al lector, ha engañado también con respecto al conocimiento recíproco de las diversas naciones. Es verdad que el teletipo vomita cuotidianamente una extensísima cinta de cables, pero, ¿cuántos realmente importantes, procedentes de los países que no protagonizan la política mundial, son desechados por los de carácter pintoresco y baladí? El reciente cambio de gobierno en el Perú, verbigratia, tan expresivo con relación a nuestra crisis, habrá sido en muchas partes minimizado por el caso de una vaca que dio a luz, en Pontevedra o Pottowatomie, un ternero antropomorfo. Claro que el público consume mejor este postre que el plato más complicado de la particular política de cada país, pero es así como nacen las ignorancias a que he aludido.

Se confía demasiado en el cinematógrafo. Un documental— se dice— sobre Alaska es más eficaz como información que toda una biblioteca sobre esa región polar. Yo creo también que sí, siempre y cuando se ponga todo el énfasis de la función en dicha cinta, y no se la sirva, como corrientemente sucede, a la manera de simple antipasto. Porque aquí entra lo que es la psicología del espectador de cine: él quiere una droga, una buena y efectiva porción para olvidar sus amarguras y preocupaciones, y consume cada película como quien bebe algo cuya digestión es fá-

cil y rápida. ¿Retener los datos sobre Alaska que contiene la cinta? No paga para eso, pero, ante todo, nadie se lo ha sugerido. Enrique Diez Canedo, vuelto de la isla de Bali a Madrid, vio que sus propósitos literarios con respecto a esa singular región se hallaban frustrados por un documental que había sido proyectado semanas antes de su llegada, y sus lectores sabían tanto o más que él en torno al tema. Pero, ¿verdaderamente lo sabían? Probablemente no. Un libro queda en el estante, se consulta, se relea, se hace circular. En una palabra, permanece. Una película es, al cabo del tiempo, celuloide inservible.

Solucionar el problema del desconocimiento que reina en el mundo sobre el mundo es, como tantas otras cosas, educar. Hay que inculcarles a los niños la afición a conocer los mapas, las costumbres, la historia, las religiones, los modos de vida, en suma, de la gente de otros sitios. Hay que despertarles afición hacia ese entretenimiento que es la geografía. Hay que compensar todos los juguetes agresivos de que hoy goza con ideas y principios fraternales que impidan que mañana discriminen a los demás por el color de la piel o la zona donde nacieron. Y para eso es indispensable escribir libros, dárselos y enseñárselos a leer. Resucitar, en una palabra, esa literatura de viajes que hoy yace relegada. Dar vida, tal vez, a un personaje que, como un anti-Robinson Crusoe, sea el hombre que está en contacto con todos los hombres y que los ama por la sencilla razón de que son hombres.